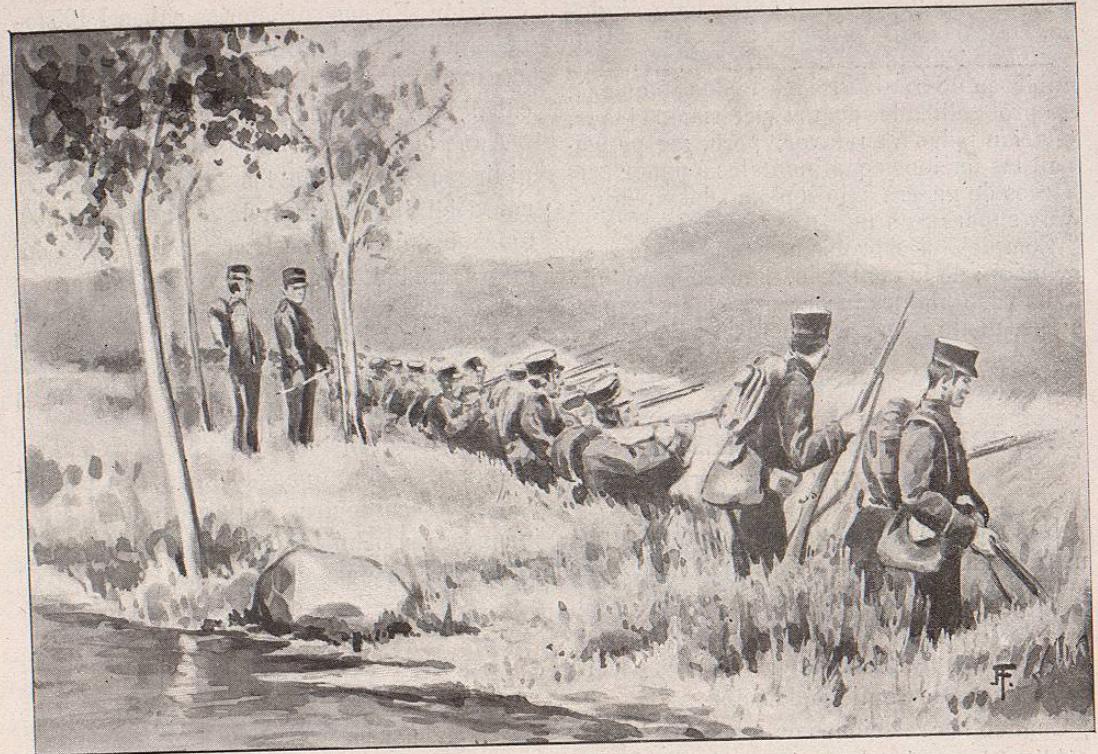


Ccsacos persiguiendo á los manchús que intentaban cortar la línea del ferrocarril Transiberiano (Dibujo de G. Montbard)



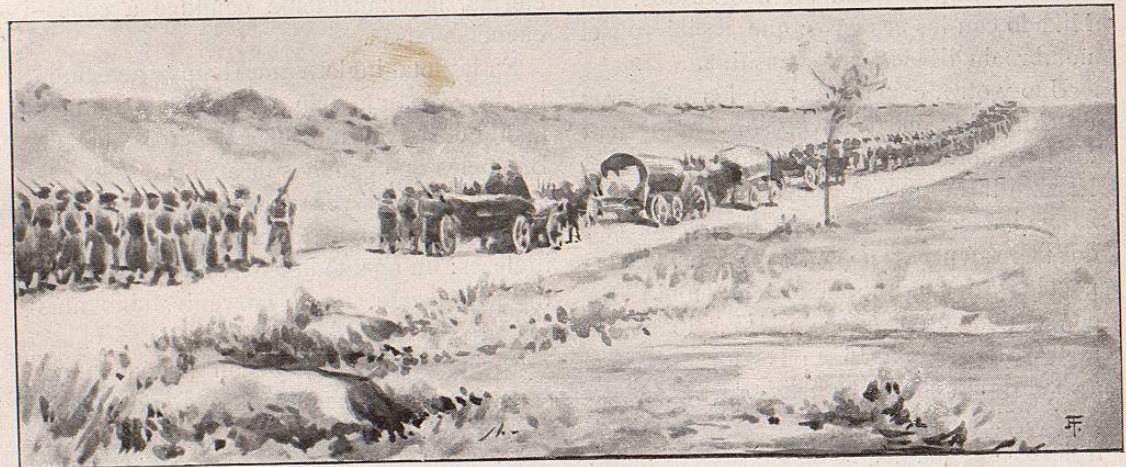
Una guerrilla japonesa

Suponiendo que las naves en construcción estuvieran terminadas y en disposición de prestar servicio, la Gran Bretaña seguiría figurando á la cabeza con 1.867,000 toneladas y Francia después con 756,000; pero el tercer lugar lo ocuparían los Estados Unidos, con 616,000 toneladas, siguiendo después Alemania con 506,000, Rusia con 499,000, Italia, con 329,000 y Japón, con 253,000.

Aunque se prescindiera del Japón, véase pues, que la alianza de Inglaterra y Norte América podrán hacer frente, en el mar, á todas las demás naciones reunidas, y con notable ventaja sobre ellas; esta ventaja se acentúa aún más considerando el gran número de

estaciones navales y depósitos de carbón que los dos Estados poseen en todos los mares, y que la comunidad de lengua, de raza, y aun de religión y de costumbres, facilitarían el mando de una flota combinada y las operaciones de las dos escuadras.

¿Quiere esto decir que en caso de conflagración universal, la raza anglosajona impondrá sin género alguno de duda la ley al mundo? Por mucho que el poderío naval pese en la balanza de la guerra, no es al cabo más que un factor de ella; y por numerosa que una flota sea, es imposible que se baste á garantizar la navegación de los barcos mercantes en todos los mares, y logre



Tropas japonesas en marcha hacia el Yalú

una supremacía indiscutible en todo el globo. Descartando los demás factores, no es posible negar que si los anglo-americanos hubiesen de combatir á las demás potencias, las probabilidades de una victoria en el mar, estarían todas á su favor; pero, ¿se prestarían las naciones continentales á poner sus barcos de guerra bajo el plomo del enemigo, muy superior en número y poder?

Complejo es el problema y muy obscura su solución; de lo contrario, hace tiempo que lo habrían planteado y resuelto las naciones que se distinguen por su codicia y ambición.

J. B. L.

LOS CRUCEROS JAPONESES

«KASUGA» Y «NISSHIN»

De todos los barcos de la escuadra japonesa, el «Kasuga» y el «Nisshin» son los que más despiertan la atención en España y en América, por ser de corte y condiciones análogas al de nuestro «Cristóbal Colón», perdido en aguas de Santiago de Cuba.

Cuando las relaciones entre Chile y la República Argentina estuvieron á punto de romperse, por la cuestión de límites entre ambas, Chile encargó la construcción de dos acorazados de 11,800 toneladas, y la Argentina la de dos cruceros, el «Rivadavia» y el «Moreno». Pero conjurado el peligro de una guerra, y habiendo manifestado los Gobiernos respectivos su deseo de ceder los derechos adquiridos, si se presentaba mejor postor, el gobierno ruso entabló gestiones para la compra de los cuatro barcos. A última hora, sin embargo, agentes de los gobiernos británico y japonés hicieron tan liberales ofertas á las casas constructoras, que se cerró rápidamente el trato, quedándose los ingleses con los acorazados, y el Mikado con los cruceros, que recibieron el nombre de «Kasuga» y «Nisshin».

Uno y otro, construidos en los astilleros de Ansaldo, en Génova, son análogos al «Colón», diferenciándose sólo en que el Nisshin lleva un cañón de 25 cm. y dos de 20, y el Kasuga cuatro de 20, distribuidos en dos torres á proa y popa. Desplazan 7,700 toneladas y tienen un andar de 20'2 nudos. Su coraza tiene un espesor de 11'5 á 15 centímetros, llegando á 16 en las torres. Están armados, sin contar la artillería de grueso calibre, con catorce cañones de 15 centímetros, 10 de 8, cuatro pequeños y llevan cuatro tubos lanza-torpedos sobre la línea de

flotación. En sus carboneras caben 1,100 toneladas de carbón. Sus máquinas, de triple expansión desarrollan una fuerza de 13,500 caballos. Van tripulados por 525 hombres.

Aunque no poseen la rapidez de marcha, ni tienen el porte de los grandes cruceros rusos del tipo «Drake», de 24 nudos y 14,000 toneladas, su corta eslora, 357 pies, les dá gran facilidad de maniobra y su poderoso armamento les permite luchar con buques de mayores dimensiones.

Los rusos sólo poseen un crucero de igual desplazamiento, el «Bayan» que anda 24 nudos y tiene una coraza de protección algo más gruesa, pero que sólo lleva dos cañones de 20 centímetros, contra cuatro de los japoneses, y ocho de quince contra los catorce del «Kasuga» y «Nisshin».

LA FLOTA INGLESA

¿ES ELEMENTO OFENSIVO Ó DEFENSIVO?

Los periódicos ingleses, y, acaso aún más que éstos, los norte-americanos, vienen un día y otro dando pomposas descripciones del poderío naval de ambos Estados y ponderando la superioridad indiscutible de sus escuadras sobre las del resto del mundo. Esas descripciones y cálculos hipotéticos surten su efecto; porque copiadas por los periódicos de los demás países, despiertan en todas partes la idea y la creencia de que nadie puede oponerse á Inglaterra y Norte América unidas, y que, por consiguiente, ha de cederse ante las exigencias de una y otra, á menos de ser aniquilados por ellas. Y en esto, como en todo, si bien las premisas son ciertas, la exageración conduce á consecuencias falsas.

En la flota inglesa nos hemos acostumbrado á ver ante todo y sobre todo, un elemento ofensivo, una especie de espada de Damocles que pende sobre nuestras cabezas, en lugar de ver en ella lo que realmente es, dígame lo que quieran los periódicos ingleses: un agente defensivo, de cuya existencia depende, no el porvenir, sino más que eso, la vida de la nación.

Rusia sin escuadra, ó con la suya muy mermada, podría seguir más ó menos deprisa, el camino de su engrandecimiento en Asia; ¿quedaría comprometido el poderío de Alemania ó el de Austria, si derrotasen sus

escuadras? Mucho perdería en caso análogo Francia, pero la fuerza vital de la nación subsistiría, por residir en ella misma, dentro de los confines europeos. Mientras que Inglaterra sin escuadras, ó con una flota reducida, se vería *ipso facto* condenada á la impotencia y perecería.

Aunque por cada buque que perdiera Inglaterra se hundieran dos de sus rivales, puede afirmarse que en definitiva la Gran Bretaña sería la perdidos; porque no pudiendo dominar con eficacia todos los mares, un cierto número de cruceros auxiliares arruinarían su comercio marítimo, y quedando quebrantadas las relaciones y comunicaciones de la metrópoli con sus inmensas colonias, resultarían éstas á merced de todos los apetitos y de todas las ambiciones.

Para avanzar Rusia en Asia no necesita como esencial el concurso de una escuadra; le será más ó menos conveniente y necesaria, pero nunca imprescindible; Inglaterra, en cambio ¿cómo sin una flota notoriamente, muy notoriamente superior á la de sus enemigos, podrá sostenerse en la India? ¿Cómo se mantendrá en la China, en África, en América y en Oceanía y cómo asegurará la libre navegación á sus barcos mercantes, y afirmará la posesión de tantos puntos estratégicos que la rapacidad puso en sus manos?

No ha de olvidarse que el más prudente, el que en el fondo teme más las contingencias de una guerra, no es siempre el más débil, sino el que más tiene que perder; y que cuando el dominio de muchos y extensos territorios se funda principalmente en la supremacía naval, todo quebranto, por pequeño que sea, sufrido por la marina, puede tener consecuencias incalculables.

Si los posibles rivales de Inglaterra cometieran la candidez de presentarle batalla naval con todas las fuerzas reunidas, podríamos prepararnos á ver grandes cosas, porque el mapa político del mundo experimentaría profundas modificaciones. Pero lo probable, por no decir lo seguro, es que las cosas se desenvuelvan de muy distinto modo á como desearía la Gran Bretaña.

Bien hace Inglaterra con pasear por el mundo sus formidables máquinas flotantes, que infunden espanto y admiración; pero detrás de esos belicosos fantasmas veamos la realidad: la flaqueza de un pueblo que

tiene muchos puntos vulnerables, y cuya situación preponderante se funda, no en la potencia real del pueblo, sino en la habilidad de su diplomacia y en los desaciertos políticos de los demás Estados.

Valiéndose de su poderío naval, Inglaterra podrá hacerse dueña de una ó muchas islas, bombardearía puertos indefensos y los expoliará, si le conviene; pero no sentará su planta en el continente, ni se pondrá bajo el fuego de baterías de costa, porque el mayor triunfo de esta clase, comprado al precio de la pérdida de uno ó dos barcos de combate, sería para ella un verdadero desastre.

De la lectura atenta de la prensa inglesa y de lo manifestado encubiertamente por los políticos más distinguidos en las Cámaras de los Lores y de los Comunes, se deduce cuanto venimos diciendo. Inglaterra amenaza, saca á relucir su poderío y se jacta de ser invencible, pero en el fondo tiene miedo, miedo muy justificado, porque una derrota en estas circunstancias sería su irremediable ruina. Se prepara para la guerra, y á ella va, sin vacilar; pero nunca antes de que los desaciertos de sus probables enemigos le den medio ganada la partida.

¿Tendrán otras Naciones la prudencia y el talento necesarios para que al comenzar la partida se vea amenazada Inglaterra en sus más vitales intereses? Pronto hemos de verlo; pero á juzgar por los indicios, creemos que la respuesta no será satisfactoria.

EL SOLDADO RUSO

Para sostener la guerra contra los japoneses, primera fase del espantoso choque entre blancos y amarillos, los rusos tienen soldados incomparables. De ningún otro ejército del mundo como de éste se puede decir que dentro de cada soldado hay un héroe. Jamás ha habido casos de indisciplina en el ejército, pues esa virtud la poseen hasta la muerte.

Lo que hace grande y fuerte al ejército ruso es el amor inmenso, rayano en la adoración, al Czar. Por el Czar, los defensores de Sebastopol, maltrechos y mutilados, se oponían á que se los condujera á la ambulancia, temerosos de desguarnecer los parapetos. Por el Czar, los centinelas de Gour-

ko se dejaran perecer de frío en los pasos de los Balkanes, antes de desobedecer la orden de no encender hogueras. Por el

Plewna, el Regimiento de Kostroma, aislado, sin apoyo, acometido por fuerzas superiores y con una pérdida de 900 bajas, casi sin je-



Grupo de médicos, practicantes y enfermeras del ejército japonés

(De fotografía)

Czar, un artillero de Skobeleff se dejó descuartizar vivo en 1884, en Merw, por los tártaros, antes que enseñarles cómo se disparaban los cañones tomados a los Rusos. Por el Czar, durante uno de los ataques de

fes, ni oficiales, se mantuvo impávido en su sitio aclamando al soberano.

Las tropas rusas del Extremo Oriente están compuestas casi en su totalidad de veteranos aguerridos, porque la vida de guarni-

ción en aquellas lejanas comarcas viene a ser un estado de guerra disfrazada. Endurecido por las privaciones, avezado al frío, de gran vigor corporal y resistencia física, el soldado ruso tiene el alma mejor templada aun que el cuerpo. No dará pruebas de extraordinaria capacidad, pero se dejará matar si se lo mandan, y soportará sin queja ni desmayo cuantos sacrificios se le exijan.

La oficialidad posee las mismas cualidades, pero se cree tan superior a la de todos los demás ejércitos, que no se ocupa todo lo necesario en perfeccionar su instrucción, y tiene más arraigado el sentimiento de la obediencia que el de la iniciativa. El Estado Mayor cuenta con excelentes oficiales, bajo todos conceptos.

La lucha contra un ejército compuesto de tantos buenos elementos, demostrará el valor real y efectivo de las tropas japonesas.

EL SOLDADO JAPONÉS

La guerra chino-japonesa fué una revelación para Europa, porque demostró que en el Extremo Oriente había un Ejército y una Marina, dignos de competir con los de raza blanca, y que el destino pondría, un día u otro, frente a las fuerzas militares de las Potencias que hasta entonces se reputaban universalmente como invencibles.

Pequeño de cuerpo y de escaso vigor muscular, el soldado japonés se distingue por su excelente espíritu y su frugalidad, circunstancia esta última muy digna de ser tenida en cuenta, porque simplifica los servicios administrativos y el abastecimiento en campaña. El alimento principal es el *hoshü*, preparado con arroz hervido y luego desecado al sol ó bajo la acción del calor artificial. De este modo la ración de arroz se reduce a un volumen insignificante, pudiendo cada individuo, sin aumento notable en la carga que ha de conducir, llevar consigo raciones para tres días. Para preparar la comida, se echa el *hoshü* en agua, caliente si es posible, pero también fría, con lo que el arroz recobra su forma y gusto primitivos; a este alimento se agrega pescado salado ó fresco, que los japoneses comen sin escrúpulos, aun que no esté bien sazonado.

En la instrucción, es de notar la rapidez

de movimientos de la tropa. Los clásicos *tiempos* del ejército europeo, se observan poco en el imperio del Sol naciente, efectuándose todas las maniobras con gran vivacidad, no reñida con la uniformidad.

Aunque la situación pecuniaria de los oficiales no es envidiable, los soldados les guardan un respeto, fundado, más que en la diferencia de jerarquías, en la inmensa superioridad del oficial en instrucción y cultura. Esa oficialidad, muy satisfecha de sí misma, se considera superior a todas las de Europa, y anhelaba verdaderamente demostrarlo en el campo de batalla.

Los sueldos son escasos, en armonía por otra parte con los gastos. Un general cobra 3,000 duros al año, mientras que un coronel sólo tiene asignados 1,200 y un capitán 360. Pero, en cambio, el uniforme cuesta poco, estando prohibido vestir de paisano, sin que el sueldo sufra la menor merma por ninguna clase de descuento.

Los oficiales empiezan por servir seis meses en filas, cursan luego un año en una de las seis escuelas preparatorias militares, y pasan después a la Escuela central, donde estudian dos años; entonces son promovidos a subtenientes y vuelven a los cuerpos, no ascendiendo a oficiales ó segundos tenientes—con 170 duros de sueldo al año—sin que medie la conformidad de los demás oficiales del Regimiento. Notábase últimamente la falta de oficiales, por lo que se han concedido facilidades a las clases de tropa para que puedan llegar a dicha categoría.

Con sueldos pequeños y una alimentación frugal, no es de extrañar que el Japón disponga de un ejército numeroso y barato, problema de imposible solución en Europa y América. El ejército de 230,000 hombres, 798 cañones y 67,000 caballos, sólo cuesta dieciocho millones y medio de duros. Pero si los japoneses salen victoriosos y el Mikado sienta su planta en el continente, no tardará en encarecerse todo y los sueldos habrán de ser aumentados.

Lo más admirable del Ejército japonés es el servicio médico y de socorro a los heridos en campaña. Cuanto se refiere a Sanidad está tan bien organizado, que durante la guerra de los Boxers, los facultativos y las ambulancias japonesas prestaron muy valiosos servicios a las tropas de las demás Naciones. Cada división, en pie de guerra,